

habitualmente baja, como si recogiese la meditacion bajo sus largos párpados, una nariz aguileña como la de Othman, una boca reflexiva que se descubria apénas al través de las ondulaciones de una barba larga y bien peinada, megillas animadas con colores de una sangre rica pero tranquila, un cútis de un moreno ardiente y salpicado de pequeños vestigios de viruelas, una estatura algo encorbada, mas apropiada á las oraciones y al divan que á los ejercicios ecuestres; en fin una sombra de melancolía nativa en toda su fisonomía como un recuerdo ó como un presagio de las desgracias del imperio y de sus propias desgracias; tales eran las facciones de Selim III cuando salió por la vez primera del serrallo, rodeado de sus negros, de sus eunucos y visires, para visitar la mezquita de Aioub.

Su traje realizaba estos dones de la natureleza y del estudio; llevaba, dice un publicista francés, á quien recibia intimamente el sultan (M. Prevost), una pelliza blanca guarnecida de pieles de zibelina, un turbante verde al rededor del cual se enroscaban unos canelones de muselina blanca, cuyo turbante, algo separado en la frente para que pudiera admirarse la majestad del rostro, bajaba en voluminosos pliegues hácia las mejillas; encima se veia una brocha de brillantes representando un tallo de varias

ramitas de hojas y de deslumbrantes flores de donde se escapaba un penachito de plumas de garza real; el mango de un puñal persa, incrustado de pedrerías, sobresalía apénas de su cintura y de los pliegues de su caftan entreabierto en el pecho. Prescindiendo del prestigio de la omnipotencia, su aspecto, dice el pintor, resplandecía de natural majestad.

XIII

Su primera llamada al patriotismo de los musulmanes levantó ciento cincuenta mil voluntarios del fundo del Asia, de la Albania, de la Bosnia y de las provincias de Europa para volar al auxilio de la patria.

Ni la fé, ni la patria, ni la raza degeneraban en el corazon de los otomanos; mas es un hecho que la ciencia de la administracion y la disciplina de la guerra no las poseian ni el gobierno ni el ejército á la altura de los progresos de Europa. Federico II, Romanzoff, Souwaroff, el mariscal Laudon habian inventado un arte nuevo de guerra en que el número y el valor individual desaparecian ante la táctica y

el mecanismo de los batallones. Los genízaros, milicia voluntaria é insubordinada, se hubieran avergonzado de tomar de los cristianos las armas, el órden y la subordinacion sin los cuales un ejército no es mas que una horda.

Selim III los descontentó con su primer acto que fué quitar el mando superior al gran visir Yousouf, vencedor de José II en Hungría, dando el sello del imperio al bajá de Widdin, guerrero afamado en el Danubio. No por eso perdió Yousouf la vida ni la fortuna, acompañándole á su honorable destierro los favores de su amo y la popularidad de su ejército.

El bajá rebelde de Scutari, Mahmoud, tuvo un generoso remordimiento de su impune rebelion en momentos en que un jóven príncipe llamaba á su imperio á las armas, máxime siendo este tan inocente de los resentimientos que el bajá tenia con Mustafá. Mahmoud envió pues su sumision á Selim con las cabezas de los negociadores austriacos, que habian ido á Scutari para secundar moralmente su rebelion, obteniendo su perdon por el precio de diez mil albaneses, soldados aguerridos con los cuales cubrió el imperio contra el Austria.

XIV

Hassan-Bajá, cuyo desastre naval en Dniester no habia podido despopularizarle en Constantinopla, recibió del gran visir el título de seraskier y el mando de la vanguardia que avanzaba hácia los rusos. Deseoso de coronar los gloriosos triunfos que su predecesor Yousouf habia alcanzado contra los austriacos, el gran visir dió órden á Hassan que atacase á los rusos á su derecha miéntras que marchaba él con cien mil hombres á fin de destrozar al príncipe Coburgo, ántes que se reuniese con Souwaroff.

Conocedor del plan hábilmente combinado del gran visir, el príncipe de Coburgo escribió al general ruso que marchase al auxilio de los austriacos, cuyas avanzadas se replegaban ante el gran número de enemigos. Souwaroff era un rayo para los movimientos militares; decia que ganar tiempo al enemigo era ganar la victoria.

« Marcho » escribió por toda contestacion al príncipe de Coburgo. Una hora despues, descuidando su ejército por algunos dias á Hassan-Bajá, marchaba ó mas bien corria á reunirse con el ejército austriaco á

orillas del pequeño río de Rimnik. El gran visir estaba acampado con sus cien mil combatientes, en las orillas de dicho río, esperando envolver á los austriacos al siguiente día, así es que el ataque inesperado é impetuoso de los rusos, ántes de amanecer, le sorprendió extraordinariamente; ignoraba la reunion de los dos ejércitos.

Habiendo cogido las avanzadas turcas á un oficial ruso de estado mayor y conducidole á su tienda, el bajá le preguntó qué general mandaba las fuerzas que tenia á su presencia.

« Souwaroff » respondió el prisionero.

« Souwaroff ha muerto de resultas de sus heridas en Oczakof » replicó con incredulidad el gran visir. En aquellos momentos Souwaroff penetraba con treinta y dos batallones formando cuadro en las llanuras del otro lado del Rimnik, arrollaba á la bayoneta, no obstante su impetuosidad, á los quince mil spahis del gran visir, tomaba la posicion avanzada y fortificada de los turcos en el pueblecillo de Bokse, cortaba por su centro y en su retirada á veinticinco mil genizaros, concentrados en aquella posicion, y abandonando la infantería de los voluntarios turcos á los austriacos animados por su audacia, se apoderaba, combinando su ataque con las cargas de estos, del campo mismo del gran visir.

Tres horas despues de levantarse el sol no quedaba de los ciento veinte mil turcos del bajá de Widin mas que veintisiete mil heridos, diez mil prisioneros y sesenta mil fugitivos abandonando tiendas, cañones, bagajes y arrastrando en su fuga al Danubio al mismo gran visir.

Souwaroff, á quien el príncipe de Coburgo no disputó ni el honor del mando, ni la victoria, recibió de la emperatriz el renombre de Rimmiski, del río cubierto de cadáveres, que fué testigo de su gloria; y desde aquel día Rusia, que no consideraba á Souwaroff mas que como un héroe, comprendió que tenia al primer general de Europa.

XV

Este general cuyo nombre y triunfos han llenado desde la batalla de Rimnik, diez y ocho años del siglo, se revelaba como un meléoro sin haber sido predestinado á los ejércitos rusos mas que por sus propios presentimientos y su invencible instinto de la guerra.

Nacido en Livonia, plantel de los hombres de es-

tado y de guerra de la antigua Rusia, su padre á la vez noble y diplomático, le destinaba á su misma carrera, mas su naturaleza desechaba estos estudios y no afecionaba de la historia mas que la sangre con que escribe en los campos de batalla la gloria de algunos héroes. La obstinacion de Anibal y la temeridad de Carlos XII eran los dos tipos de su emulacion y meditaba para los ejércitos rusos una táctica, propia de la salvaje energía de un pueblo bárbaro hasta entónces que debia admirar á Europa en vez de imitarla. Este pensamiento de genio fué la originalidad y la fortuna del jóven Souwaroff.

Su carácter y su mismo exterior se prestaban á la fascinacion que Souwaroff ejercia en los soldados rusos, y que los soldados rusos ejercian en los demás ejércitos de Europa. De facciones calmucas, y mirada de águila, extraños ademanes, cuerpo pequeño y flaco, voz estridente, lenguaje á la vez lacónico y figurado, fanatismo religioso, cierto ú aparente, que cubria sus uniformes de reliquias y que le precipitaba de rodillas delante de sus tropas para buscar en los cielos la inspiracion y la suerte de las batallas; en fin, de una impetuosidad calculada en el ataque, que parecia, á ejemplo de los turcos, demandar el martirio mas bien que la victoria, todo esto habia hecho en muy pocos años de Souwaroff un scheik tártaro, un

delhi ruso, una irrision de los generales, un idolo de los soldados. Cierta demencia, real ó facticia, que se confunde muchas veces con el genio y aumenta la popularidad en la soldadesca, completaba al hombre. Especie de Bruto moscovita, simulando el idiotismo por ocultar un tanto la gloria de su patria y la suya propia, habia jurado no parecerse mas que á sí mismo, para que ninguno pudiese asemejársele en su país.

Catalina y sus favoritos le respetaron fácilmente como el verdadero capricho de los soldados. Flexible siempre delante de la emperatriz, adulaba á la córte aunque gruñendo á veces y profesaba no tan solo el respeto sino la religion del trono. El antiguo esclavo no desmerecia del héroe; era el leon encadenado de Catalina, afectuoso con su querida, terrible con sus enemigos.

Soldado, cabo, sargento, oficial y capitán alternativamente; coronel á las órdenes de Soltikof, en las guerras de Isabel contra el gran Federico; comandante general despues de una horda de cosacos disciplinada; general en Polonia, enfrente de Dumouriez á quien los confederados polacos habian confiado el mando de su ejército en Landskroun, vencedor de este general, que debia luego vencer á la coalicion contra la Francia; llamado por Potemkin á

Crimea, para mandar el ejército ruso del Kuban; general del ejército á las órdenes de Romanzoff y de Repnin, en Moldavia, contra los turcos; herido casi mortalmente en el asalto de Oczakof; de vuelta en Petersburgo para cicatrizar sus heridas, recompensado por Catalina y recibiendo de ella el mando en jefe del ejército en Besarabia; salvacion de los austriacos; envidia de los generales rusos, terror incarnado de los turcos, único rival de Hassan-Bajá, el Souwaroff de los otomanos en los mares, tal era el vencedor de Rimnik. Con su aparicion en la escena del Dniester y del Danubio, comenzó la fortuna adversa de Selim III. Previendo Catalina que seria un favorito de la victoria, mas precioso que Orlof y Potemkim, favoritos de la corte, embriagábale de mercedes, como Timour embriagaba con vino á sus elefantos antes de las batallas, dándole por fin una espada y una rama de laurel de brillantes con la divisa « Al vencedor del gran visir. »

XVI

Souwaroff no quiso separarse de su ejército para ir á gozar de su triunfo, sino que pasó el invierno en

Berlat. El príncipe de Coburgo estaba acantonado en Valaquia. La revolucion francesa arrancaba á José II la alianza de la Francia, donde su hermana Maria-Antonieta, jóven esposa de Luis XVI, perdía su influencia en los negocios ántes de perder su vida en el cadalso. El Rhin, á la sazón mas importante que el Danubio para José II, le obligó á retirar su ejército de las fronteras otomanas y de este modo la revolucion francesa salvó á Turquía de una terrible coalicion.

Como Souwaroff quedase solo é inactivo, Potemkin le destinó del otro lado del Pruth. Deslizándose este su existencia en Bender con toda la indolencia de un sátrapa, quería enviar á Catalina las llaves de la última plaza de la embocadura del Danubio, que defendía aun la orilla izquierda de este rio; era Ismail broquel impenetrable hasta entónces de la Turquía. Cuarenta mil hombres, escogidos y mandados por el seraskier de Hassan-Bajá, habían jurado sepultarse en las ruinas del baluarte de su patria.

« El firmamento, » decían, « caerá sobre la tierra ántes que Ismail caiga en poder de los moscovitas. »

Souwaroff no contaba jamás á sus enemigos ni á sus soldados; no miraba un sitio mas que como un asalto, destruyendo las murallas, llenando de muertos los fosos, con las cargas á la bayoneta de sus batallones. Formó pues, á su ejército en dos colum-

nas de ataque una por el lado del Danubio, otra por tierra, y dió por órden « ¡ *Ismail ó la muerte!* » El doble asalto conmovió la plaza durante las tinieblas; aun no bañaba la aurora las cúpulas de las mezquitas de Ismail, cuando las invadidas fortificaciones, en medio de un fuego de volcan, eran tomadas por los rusos con escaleras de cadáveres, mientras que Souwaroff, pisando el cuerpo del seraskier, muerto en la brecha, se precipitaba con algunos batallones en la ciudad. Como en Zaragoza cada casa atacada y defendida con artillería sepultaba hundiéndose á sitiadores y sitiados.

Cada raza cumplía su juramento con igual heroísmo, los rusos de vencer, los turcos de no ser vencidos; sesenta mil soldados de Souwaroff avanzaban lentamente, en ocho columnas, por avenidas de fuego, hácia el centro de Ismail. Turcos, tártaros, mujeres, niños en número de veinte mil almas, se dejaban voluntariamente fusilar por la metralla, consumir por el fuego, sepultarse debajo de los minaretes. Las jóvenes con yatagan en mano ó recogiendo los fusiles de los soldados muertos por defenderlas, luchaban cuerpo á cuerpo con los rusos cosiéndolos á puñaladas encima de los cadáveres de sus padres. Aquellos sesenta mil habitantes, combatientes, víctimas de toda nacion, de toda edad, de todo sexo, pro-

longaron por espacio de diez horas su existencia y su agonía.

La degollacion de los heridos y el pillaje de las casas duró tres dias y tres noches. Souwaroff, tan feroz despues del triunfo como intrépido durante el asalto, entregó los turcos á sus soldados como se entregan las fieras á una jáuria. Cincuenta mil turcos perecieron en aquella larga y sanguinaria pelea. La tierra, hondamente endurecida por el invierno, negaba la sepultura á los muertos, pero en ménos de una semana el ejército de Souwaroff arrastró y precipitó en las olas del Danubio treinta y tres mil cadáveres de combatientes, muertos en las brechas ó en las calles, diez mil caballos acabados á cañonazos, y quince mil cadáveres de mujeres, niños y ancianos inmolados despues del asalto.

Un turco solamente habia salido vivo de Ismail arrojándose á nado al Danubio y apareció al gran visir como el fantasma de la ciudad y del ejército.

XVII

Opima fué la cosecha de los rusos; doscientos treinta cañones, doscientas cuarenta y cinco banderas ó co-

las de caballo; colinas de balas rasas y bombas apiladas en los arsenales, bóvedas llenas de barriles de pólvora, de provisiones, arroz, azúcar, café, cebada, diez mil caballos persas, árabes ó tártaros, lujo del ejército otomano, millones de monedas acuñadas, de armas, tiendas de campaña, alfombras, arneses, pedrerías, tesoros particulares, recogidos debajo de los escombros, pagaron á los rusos el precio de tanta sangre. La gloria y el honor del nombre de Souwaroff, asociados al nombre de Catalina, corrieron por todo el universo. La cristiandad tenia su Timour; el crimen se olvidó, solo vivió el triunfo.

Los hombres son infames cuando juzgan á sus semejantes. Aplauden á los grandes exterminadores de su raza amnistiando las carnicerías para glorificar mejor el combate. Ismail, reducido por Souwaroff á un solo hombre vivo, es la gloria de una carnicería mas bien que de una victoria. Pero Catalina habia sobornado, desde Voltaire, á todos los órganos de la fama en Francia y en Alemania, y la infatuacion daba el vértigo á los gabinetes europeos.

XVIII

La emocion de Constantinopla, con la pérdida de Ismail, hizo temblar á Selim III en el fondo del serallo; el pueblo necesitaba una víctima para que cayendo sobre ella la responsabilidad del desastre no pudiese la cólera pública fijarse en el nombre del sultan.

Selim, imitando demasiado á Carlos I cuando entregó á su ministro Strafford, cuya inocencia conocia, sacrificó al bravo Hassan-Bajá, cuya única culpa era la impetuosidad de Souwaroff. Hassan, encanecido en el heroísmo y en la fé, dió su cabeza como habia dado tantas veces su sangre á sus amos. Ninguna queja brotó de sus labios, y oró por el sultan que le mataba, resignado por su vejez á la muerte y por su virtud á la injusticia.

El imperio perdió así al único hombre de mar, al único hombre de guerra y al único hombre de Estado que podia igualar el valor, el talento y la fama con los peligros de la monarquía. Mutilados todos

sus miembros por las balas ó por el acero, no era ya, como el Nelson de los ingleses, mas que un pedazo de hombre animado del soplo del patriotismo. Aquel sacrificio á la popularidad que jamás se satisface hizo presagiar muy mal de un príncipe que abandonaba así á su pueblo su fuerza y su gloria.

Yousouf-Bajá, el hombre admirado por sus victorias contra José II en Hungría, fué llamado de su destierro para gobernar por segunda vez el divan.

XIX

Pero José II acababa de espirar habiendo perdido todas sus ilusiones de reforma, de guerra y de gloria, y dudando ya del resultado de su complacencia hácia Catalina contra los turcos.

Su sucesor, Leopoldo II, gran príncipe en un pequeño teatro, pequeño en un grande escenario, habia dejado á Florencia para ir á gobernar Alemania. Deseaba la paz con la Puerta para poder concentrar toda su atencion y todas sus armas en los Países-Bajos, que la revolucion francesa arrastraba en su órbita. Con este fin promovió conferencias en Sistowa,

á orillas del Danubio-Búlgaro, entre el reis-effendi, el marqués de Luchesini, ministro de Prusia, el caballero Keith, embajador de Inglaterra, y sus propios plenipotenciarios. Una paz equitativa y pronta se firmó, el 4 de abril 1791, entre el Austria y la Puerta, y todas las conquistas de Laudon, excepto Choczim que quedó como prenda hasta la paz con los rusos, fueron restituidas á la Puerta.

Indignada al principio Catalina por la defeccion de sus aliados de Viena y de Berlin, cedió por fin al cansancio de la guerra mas bien que á la moderacion, y la amable y hábil inteligencia del marqués de Luchesini, el mas fino y el mas insinuante de los diplomáticos italianos naturalizados en Alemania, consiguió que firmase el tratado de paz de Jassy en el mes de enero de 1792. Sin embargo, este tratado, que devolvía solamente la paz á Turquía, no era en el fondo mas que un desarme; los rusos conservaban Oczakoff y el continente tan disputado entre el Dniester y el Boug, donde debian construir muy pronto Odessa, la Esmirna del mar Negro.

XX

Sin embargo, el imperio otomano que habia perdido tantos hombres, tantas armas y tantos navíos, respiró algunos años bajo el reinado de Selim III.

Las tragedias nacionales de la terrible guerra de las ideas modernas que se combatieron en Francia de 1791 á 1806, con el nombre de partidos y de hombres, la Asamblea Constituyente, la Asamblea Legislativa, la caida del trono, el asesinato jurídico de Luis XVI, el Terror, el Directorio, el golpe de Estado de un soldado victorioso contra la república, el consulado de Bonaparte, sus guerras, sus victorias, su omnipotencia en el continente, su lucha con Inglaterra, último punto de apoyo del áncora de la independencia de Europa, todos aquellos acontecimientos acaecidos en algunos años por mar y tierra, habian separado las miradas de la Turquía de sus fronteras del Norte, y las miradas de Austria y de la misma Rusia de Constantinopla.

Catalina II habia muerto árbitra todavía del Occi-

dente y del Oriente. Su hijo Pablo I, ahogado como Pedro II, en su propia cama, por una conspiracion de palacio, habia dejado el imperio al emperador Alejandro, desgraciado heredero del asesinado, pero inocente del parricidio. Austria, Prusia y Rusia, coaligadas unas veces contra Francia, desarmadas otras por las victorias de Bonaparte, habian perdido por sus muchas agresiones contra los otomanos el derecho de invitarlos á sus guerras contra nosotros.

Selim III, á quien espantó al pronto la república francesa, concluyó por ser neutral y benévolo con ella. La expedicion temeraria é impolítica de Bonaparte á Egipto y á Siria, sin respeto y hasta sin excusa hacía el sultan soberano de aquellas dos provincias, fué la única que le decidió á la guerra que, corta y desgraciada, destruyó el ejército del gran visir en Egipto en una sola batalla. No entra en el plan de este libro referirla; sabido es como Bonaparte, despues de haber conquistado á los mamelucos el Egipto, abandonó su conquista y su ejército á todos los azares, y volvió á Francia á conquistar un trono. El ejército francés capituló el 2 de setiembre de 1801, y entregó el Cairo á los ingleses y á los turcos.

De vuelta Bonaparte en Francia y ocupado del mundo, no volvió á pensar en Egipto. Su primer cuidado fué reconciliar á su país con Turquía por

medio de la paz que firmó en Paris el 7 de diciembre de 1801. No obstante haber firmado la Puerta la cesacion de guerra entre los gobiernos otomano y francés, siempre quedaba ligada hasta ciertos límites por el tratado de alianza ofensiva y defensiva que la imprudente provocacion del Directorio en Egipto habia obligado á Selim á celebrar, en 1789, con la Rusia y los Ingleses, libertadores del Cairo.

X X I

Dispuesto Selim III á perdonar la expedicion de Egipto á un héroe cuya gloria militar y civil deslumbraba al mismo divan, admiró la disolucion del imperio germánico; pues Bonaparte, ya entónces Napoleon, vengábale así de sus enemigos mas próximos é inveterados. Miraba como victorias personales la batalla de Austerlitz y la creacion de la Confederacion del Rhin, y aun preparábase vagamente, en la primavera de 1806, á intervenir á favor de Francia en los sucesos que la guerra, otra vez inminente entre Prusia, Rusia y Napoleon, podia crear en Hungría

y el Pruth; sucesos que podian restituírle lo que la liga de las potencias del Norte le habian arrebatado en Öczakof, Bender, el Dniester, en las embocaduras del Danubio y por fin en la Crimea.

El brazo de Francia, si se hubiera tenido la prudente política de extenderle, era bastante largo para reconstituir la roca otomana; mas Inglaterra y Rusia, que estudiaban los pensamientos de Selim III y se alarmaban por sus armamentos, lo asediaban con súplicas cariñosas ó imperiosas para arrancarle una declaracion de guerra á Francia.

Bajo el imperio de la presion, entre sus deberes públicos de aliado de los ingleses y rusos y sus pensamientos secretos de inclinacion hácia los franceses, fué cuando Selim meditó regenerar el imperio otomano regenerando el ejército, nervio unas veces vigoroso otras convulsivo de la nacion. Semejante á Luis XVI, cuya muerte habia llorado, y obedeciendo Selim III á un pensamiento de verdadero patriotismo hácia la Turquía, decidió sacrificarse á una revolucion necesaria, pero ingrata, que debia, como todas las revoluciones, devorar á la generosa víctima que así se inmolaba á la salvacion de su país.

Queremos hablar de la reforma de los genízaros.

XXII

Los genizaros eran contemporáneos del imperio y constituyan no solamente una fuerza armada, sino un cuerpo especial. Su institucion tenia además un carácter separado. Bendecidos en su origen por un dervis famoso y venerado de la Anatolia, Hadji-Bectasch, llevaban suspendido á su turbante una larga manga para perpetuar así entre ellos y el pueblo el recuerdo eterno de la bendicion que les habia dado extendiendo su brazo sobre sus cabezas, y tambien la supersticion de su alianza religiosa con el discípulo mas santo del Profeta. De este modo el fanatismo y el patriotismo santificaban á la vez su nombre.

XIII

Los genizaros se componian de unos cien mil musulmanes alistados con dicho nombre en toda la su-

perficie del imperio, pero principalmente en las ciudades grandes como Bagdad, Damas, Alepo, Andrinópolis, Esmirna, Brusa y Constantinopla. Pagábalos el tesoro imperial, y estaban organizados en cuadros llamados *ortas* que mandaban oficiales y generales que ellos mismos elegian comunmente. Su general en jefe, nombrado por el sultan, se llamaba el aga de los genizaros. Despues del gran visir era el funcionario mas poderoso del imperio y desempeñaba al mismo tiempo las funciones civiles y militares; tenia á su cargo la policia de la capital así como la guardia exterior de los palacios del emperador.

XXIV

Los genizaros estaban obligados á tomar las armas y á marchar á la vanguardia de las tropas otomanas cuantas veces eran llamados y que el estandarte del Profeta salia con el gran visir de las puertas de la capital. El aspecto de aquella oriflama les inspiraba un arrojo y un fanatismo que centuplicaban la bravura natural á los turcos. Todas las conquistas de los otomanos, desde que desbordaron de la Tartaria

en los valles del Asia Menor, marchando de alto en alto hasta Esmirna, Brusa, Andrinópolis, Constantinopla, Alejandria, Bagdad, el Cairo y en fin hasta el Danubio europeo y las puertas de Viena, todas se debían á aquella milicia entónces invencible. Baluarte vivo del imperio cuyos límites ensanchaban todos los días, eran á los ojos de los musulmanes una cosa tan sagrada como la patria y la religion.

XXV

Sin embargo los genizaros, á la vez órden religiosa y militar, y por lo mismo aliados naturales del cuerpo de los ulemas, sacerdocio y magistratura reunidos, no tardaron en probar su doble tiranía al resto de la nacion y á los mismos sultanes. Fué preciso contar á cada instante con un cuerpo tan poderoso y que lo era paulatinamente tanto mas cuanto que se afiliaba en todas partes gran número de trabajadores, de artesanos y pequeños comerciantes, los cuales cobraban sueldo, tenían sus mismos privilegios, y, animados del espíritu de cuerpo, no hacían casi servicio. Por este medio se apoderaron de toda la

fuerza de la opinion pública en las grandes ciudades donde reinaban, participando así de la naturaleza de una aristocracia armada y de la naturaleza de una democracia organizada. Tiránicos como aquella, turbulentos como esta, reprimían la sedicion ó la hacían irresistible, á su antojo. Colocados entre el sultan y el pueblo, amenazaban al pueblo con el serrallo, ó al serrallo con el pueblo, elevándose sobre la ruina ó la sujecion de ambos.

Su sueldo empobrecía el tesoro público. Desde el reinado de Bajazet habían establecido además, como ley de Estado, una gratificacion inmensa que debía pagarles el sultan á cada advenimiento de un nuevo reinado. Por eso deseaban algunas veces expulsar ó inmolar á sus soberanos, los cuales tenían que comprarles á fuerza de oro, de privilegios y de favores, cada nuevo año de reinado. Su proteccion costaba al emperador los tesoros acumulados en el serrallo y destinados á la defensa ó administracion del imperio; su abandono arrojaba del trono ó sacrificaba á los sultanes.